brarle Superior antes de ordenarse sacerdote.

Estudiante universitario

En 1924 termina Teología y se ordena, sucesivamente, de subdiácono y diácono, y se examina, en septiembre, de siete asignaturas de Derecho. Pero en ese otoño muere su padre, tras lo cual la familia regresa a Aragón; vienen a Zaragoza, cerca del hijo sacerdote, su apoyo moral y material. Vivirán en la calle Urrea, cerca de San Miguel y Santa Catalina. 1924-25 es un curso complicado en el que abandona los estudios civiles; el 28 de marzo de 1925 es ordenado sacerdote por el obispo auxiliar Miguel de los Santos Díaz de Gómara; el 30, dice su primera misa en el Pilar, cuna de su obsesiva devoción mariana. Es enviado inmediatamente a sustituir al cura de Perdiguera, donde permanece un par de meses. Pero Escrivá tiene otros designios y, en el curso 1925-26, hace un gran sprint y casi termina la carrera de Derecho: lo hará en enero de 1927. Asistía a clase, como era lógico entonces, con sotana. Entre sus compañeros de la Facultad están David Mainar. Juan Antonio Iranzo, Domingo Fumanal. Trata también mucho a la familia de José Romeo. Para ganarse la vida, da clases de Derecho Romano y Canónico en la Academia Amado, del que será, en la Guerra Civil, el famoso general Santiago Amado Lóriga, entonces capitán de infantería y también licenciado en Ciencias. Se preparan allí muchos jóvenes para ingresar en la Academia Militar, en la Universidad, oposiciones, etc. Como tarea sacerdotal, dice a menudo la misa en la iglesia de los Jesuitas de la plaza de San Lorenzo, y acude a una catequesis en Casablanca, con jóvenes católicos como Juan Antonio Cremades.

Se funda la Obra

Una vez terminada la carrera de Derecho, Escrivá abandona Zaragoza, con permiso especial del arzobispo, Doménech. Marcha a Madrid, donde también vive, al principio, de la enseñanza, en la Academia Cicuéndez, en la calle de san Bernardo. La familia marcha con él; viven en Luchana. Allí comienzan los contactos con jóvenes estudiantes y profesionales: la idea de Escrivá de fundar una institución religiosa muy peculiar, está casi madura.

Efectivamente, el 2 de octubre de 1928, rodeado de un grupo reducido de personas, Escrivá funda el Opus Dei, y dos años después su Sección femenina. Los primeros contactos con el mundo eclesiástico son prefiguraciones aragonesas: en 1929 y 1931, Escrivá entra en contacto con dos jóvenes sacerdotes de Madrid, cuyos nombres alcanzarán mucha fama andando el tiempo. Se trata de Casimiro Morcillo y Pedro Cantero, ambos futuros arzobispos de Zaragoza. Más adelante tratará mucho a Juan Hervás, futuro obispo de Ciudad Real, prior de las Ordenes Militares y creador de los cursillos de Cristiandad.

Durante la República es capellán de las Agustinas de Santa Isabel. En 1934, tras vender el patrimonio familiar de Fonz, se traslada con su madre al piso de Ferraz, 50. Ese año redacta las «Consideraciones Espirituales», anticipo de «Camino». Casi todo está andando ya. Y es en la fecha decisiva de 1936, en vísperas de la Guerra Civil, cuando entra en contacto con la persona que va a ser clave en la organización y expansión de la Obra: otro aragonés, un «san Pablo» intelectual para esa Iglesia en pequeño que hace poco ha comenzado: José María Albareda.

Aparece un San Pablo

Desde la aparición de Albareda, las vidas de los dos Josemarías van a quedar definitivamente vinculadas. José María Albareda había nacido en Caspe el mismo año que Escrivá, 1902. Hijo de un farmacéutico, estudia bachiller en Zaragoza, terminando en 1918 con brillantez y asistiendo al curso siguiente al preparatorio de Ciencias. En la Universidad de Zaragoza conoce a estudiantes católicos como José Guallart y José Antonio Oliván, compañeros de su hermano Manolo, o a los de Medicina, Martínez Lalueza y Franco García. Marcha luego a Madrid para estudiar farmacia, carrera que termina en 1922. Pero decide completar su formación haciendo, de nuevo en Zaragoza, Químicas, a la sombra de la famosa escuela que capitanea Rocasolano. Es aquí donde conocerá a compañeros como Vilas, Bernal, Gálvez, Navarro Borrás, Alvira, Estevan Ciriquiaín, Medrano, Claver, Cabetas, Hernández Ferrando, etc. Frecuenta los laboratorios de Rocasolano y los de Ríus Miró. Animado por el grupo de católicos sociales, de tan gran influjo en la vida zaragozana (Sancho Izquierdo, Minguijón, etc.) publica diversos artículos en la revista «Universidad», y, en 1923, su trabajo **«Biología política»**, en línea con el regionalismo conservador de los citados y D. Miral, Giménez Soler, Moneva, etc. El prólogo de este curioso estudio es de Minguijón. Tras la tesis doctoral, gana oposiciones a cátedra de agricultura y es destinado al Instituto de Huesca.

Su estancia en Huesca, donde prepara un buen laboratorio y realiza muchas excursiones al Pirineo, está intercalada por numerosos viajes al extranjero: pensionado por la Universidad de Bonn en 1928 trabaja allí con Neurs y Kappen. Queda deslumbrado por la Universidad alemana de los años veinte, como algunos antes le ocurriera a Ortega y a tantos otros; son experiencias e ideas que guarda bien para cuando le corresponda hacer algo en ese sentido en España. En Zurich trabaja luego con Wiegner y Pallmann, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, a pesar de lo cual siempre guardará una actitud de dura crítica contra ésta y otras actividades vinculadas a la Institución Libre de Enseñanza. De esos estudios surgirá su segundo doctorado, en Ciencias. Albareda es hombre ambicioso, quiere cubrir etapas sólida, seguramente. Viaja luego a Madrid, donde le deslumbran las instalaciones del edificio Rockefeller; frecuenta el laboratorio de Rayos X del también aragonés Julio Palacios. Y vuelve a viajar al extranjero, ahora con una beca Ramsay, en 1932. Trabaja con Keen y Cronther y contempla «el espectáculo de las instituciones inglesas». En 1934, de nuevo en Huesca, publica ya en la revista de la Academia de Ciencias. Con todo ese bagaje y una pequeña fama que va creciendo en el mundo científico madrileño, consigue en 1935 el traslado a la cátedra del recién creado Instituto Velázquez, de enseñanza media, en la capital de España.

De Burgos, a Madrid: Una previsión a largo plazo

El primer encuentro entre Escrivá y Albareda tuvo lugar en enero de 1936, en la residencia DYA de Ferraz, 50, de Madrid, donde vive el primero. Albareda, a partir de ese día, frecuenta el piso, acude allí a misa, se dirige espiritualmente con el padre, que le acoge con entusiasmo: es un **científico**, y prestigioso, el eslabón necesario para muchos planes. Albareda conoce en esos encuentros al ingeniero Isidoro Zorzano y, sobre todo, ya en los años de la guerra civil, vuelve a encontrarse con su antiguo compañero de la facultad de Ciencias de Zaragoza, Tomás Alvira, ahora catedrático de Instituto en Cervera del Río Alhama. Con ambos compañeros asiste a unos ejercicios espirituales que les da Escrivá, por las mañanas en casa de Alvira, por la tarde en la de Albareda. Frecuenta también en esos años a dos figuras muy destacadas del clero aragonés: los cate-

Hablando del OPUS

No mentar a Max Weber en vano

Max Weber, en 1917.

En todo artículo de periódico que se precie de cierto distanciamiento crítico, evitando el apasionamiento y la crítica panfletaria, a la hora de enjuiciar a la sociedad de la Santa Cruz y del Opus Dei, sale a colocación el pobre Max Weber. Según esta socorrida interpretación, la irrupción de la Obra en la vida económica y social española, a pesar de los pesares, no habría dejado de ser un factor de modernización. A la manera de los protestantes estudiados por Max Weber en «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» (1905), los miembros del Opus habrían encarnado una moral de santificación del trabajo y de ascesis personal, en la que el éxito empresarial y social, la acumulación capitalista en suma, sería exaltada como prueba de la gracia divina. La riqueza y el triunfo tendrían valor en sí mismos, no eran algo que el buen cristiano debía compensar con toda la parafernalia de las obras de caridad, para hacerse perdonar su éxito en este valle de lágrimas. A la moral del confesionario jesuítico, inspiradora de la vieja España, sucedía la moral de los calvinistas católicos que serían los opusdeistas. Así le habría ido, se dice, a la Compañía de San Ignacio, desfasada en un mundo de ejecutivos y capitanes de empresa, seguros y audaces, viviendo sus complejos conforme a su estado, tal como les prescribiría «Camino», aunque algunos practicasen en la soledad de sus dormitorios ayunos y penitencias diversas.

La parte de verdad

Para empezar, convendría señalar que es equivocado creer que Max Weber es el progenitor de la tesis que afirma una relación entre protestantismo y éxito económico. La idea es casi tan antigua como la misma Reforma, pero precisamente cobró especial relevancia en los años anteriores a la publicación de la obra del autor alemán. Esto fue debido al complejo de inferioridad latino tras la derrota de Francia frente a Alemania imperial, y protestante, en la guerra de 1870, y al espectáculo del desmesurado crecimiento de la economía germana que le sucedió. Pero la energía, la eficacia y el éxito que se suponían propios de los protestantes alemanes era vista con muy diversos ojos cuando se trataba de los protestantes propios, de los protestantes franceses. De esta manera aparecen obras de títulos tan significativos como «El peligro protestante» y «La invasión protestante». El mismo Max Weber al comienzo de su obra, se refiere a las discusiones «que este tema provocaba» en la prensa, la publicística y los congresos católicos franceses». A estos protestantes franceses se les supone entregados a una labor de infiltración y secretismo, sus éxitos económicos no se deberían al honrado trabajo del buen francés y católico, sino sería fruto de la especulación del banquero y financiero con relaciones en las altas esferas. Este estereotipo negativo del hombre de negocios protestante, es un estereotipo que se corresponde con la imagen acuñada por los críticos del empresario opusdeista de los años de capitalismo salvaje a la española, los años del desarrollismo, por no hablar de ejemplos más clamorosos y recientes.

Una comparación imposible

Pero, ¿qué sucede con el empresario capitalista tal como lo concibe Max Weber? Realmente en el «tipo ideal» weberiano encuentra muy difícil acomodo un empresario como el arriba citado. El burgués capitalista que nos retrata el sociólogo alemán es un burgués que se impone trabajosamente en un mundo hostil, afirmando su moral individual y de clase en una sociedad estamentalista, plena de viejas distinciones entre nobles y plebeyos. El camino hasta el favor del Príncipe se recorre muy pocas veces, siempre está además precedido de una o dos generaciones de luchas y privaciones. En la mayoría de los casos nuestro buen capitalista, protestante o calvinista, contempla impotente como «monopolios» y «contratas» son entregadas a nobles y favoritos de la Corona. Totalmente distinta es la imagen que ofrece el hombre de empresa del franquismo, desde un principio mimado por un poder dictatorial, dispuesto a encubrir especulaciones y escándalos durante años y decenios. Un poder que asegura un éxito encomendando planes de desarrollo y reprimiendo sin piedad (cristiana) toda protesta de los trabajadores a su sueldo. Habría que despojar a la obra de Max Weber de toda su riqueza histórica, quedándose tan sólo con dos máximas abstractas de conducta, para poder establecer alguna comparación entre lo que realmente es incomparable: entre la época heróica de una burguesía en el feudalismo y el aprovechamiento sin escrúpulos de las ventajas económicas y la impunidad social que le ofrecía una dictadura fascistas.

Realmente serían como los judíos.

Pero siempre se puede hacer alguna comparación. Uno de los contradictores de Max Weber fue precisamente, como suele suceder, colega y amigo suyo. Se trataba de Werner Sombart que, en su obra «Los judíos y la vida económica», sostuvo que la moral puritana casi no había influido en el espíritu del capitalismo, fruto en cambio del judaismo e incluso del mismo catolicismo. En su contestación, Max Weber contrapone el capitalista burgués, defensor de la «empresa nacional», y el capitalista judío, amigo de la especulación y de la intriga política: «Para los puritanos ingleses (los auténticos capitalistas burgueses) los judíos de la época representaban un tipo de capitalismo que les horrorizaba, un capitalismo implicado en suministros de guerra, contratas con el estado, disfrute de monopolios, especulaciones fraudulentas y comprometido con los principes en negocios de construcción o finanzas. El capitalismo judío era la especulación y con el apoyo del Príncipe, el capitalismo puritano era una organización burguesa del trabajo que intentaba imponerse por sus propias fuerzas. Leyendo esta cita parece claro que, si los articulistas serios se obstinan en citar a Max Weber al hablar del Opus, la única manera de no mentar su santo nombre (el de Max Weber, claro) en vano, sería evitar referirse a los heróicos primeros empresarios que nos muestra el autor en su gran obra, y remitirse a los intrigantes especuladores judíos que evoca en su larga y acre polémica con Sombart. Así, las cosas quedarían mejor.

H. J. RENNER

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei